

ligiosidad. Es bien sabido que el hombre es un ser social por naturaleza, de modo que la religión —en cuanto que es un acto plenamente humano— tiene un carácter social. La religión nunca es una manifestación subjetiva puramente privada, sino un acto que pertenece a la vasta convivencia de los hombres.

Por otra parte, Dilthey acentúa también el valor de la religión en cuanto visión del mundo que, junto al arte y la filosofía, ayuda al hombre a organizar sus ideas sobre el significado y sentido de la vida, sobre la conducta humana y los valores que deben inspirarla. Sin embargo Dilthey no concede entidad ontológica a tales cosmovisiones que son, más bien, diversas formas de mirar al mundo. Esta posición es característica del historicismo diltheyiano que, como reacción al sistema hegeliano, rechaza el recurso a «nociones univesales» y subraya el carácter temporal y relativo de toda comprensión.

El libro se completa con una cronología de la vida y obra de Dilthey así como con una bibliografía selecta. Todo ello hace que esta obra sea especialmente apta para quienes —a través de estos sencillos ensayos— deseen introducirse en el pensamiento del filósofo alemán.

F. Conesa

David S. CUNNINGHAM, *Faithful Persuasion. In Aid of a Rhetoric of Christian Theology*, Notre Dame University Press, Notre Dame 1991, XVII + 312 pp., 15, 5 x 24.

En esta obra David Cunningham, Profesor de Teología en la Universidad de Santo Tomás (Minnesota), estudia la relación entre la teología cristiana y la tradición retórica clásica. Con este fin, se pregunta por el valor epistemológico de

la labor teológica así como por su método.

La teología debe reconocer —subraya el autor— «la contingencia radical del lenguaje que usa para hablar de Dios» (p. XV). La teología es una empresa frágil cuyos resultados son siempre tentativos. La razón fundamental de ello es que la teología intenta hablar en un lenguaje humano sobre Dios. Ahora bien, en la actual situación del hombre —se dice— sólo nos es dado desear la verdad, pero no alcanzarla: «la tarea de la teología es buscar la verdad, anhelarla; pero la teología descubre que sin la visión beatífica la verdad última se le escapa» (p. 257). La verdad sólo será alcanzada al final; mientras tanto, todos nuestros juicios sobre Dios son inciertos. Desde esta perspectiva, recurre Cunningham a muchos temas propios de la «teología negativa».

Mientras esperamos la visión lo que podemos hacer es persuadir a los demás —y a nosotros mismos— de la verdad del Evangelio. Por ello dice que la teología tiene como objetivo la «persuasión fiel». Por «persuasión» se entiende «el intento de provocar una acción mediante el cambio de actitud de una persona, normalmente consiguiendo que esa actitud concuerde con la propia» (p. 45). El calificativo «fiel» indica que es preciso «decir lo que debe ser dicho de manera fiel al Dios de Jesucristo y persuadiendo al mundo de que Dios le ha amado siempre» (p. 5).

Desde estos presupuestos se comprende que para el autor la tarea y el lenguaje de la teología deban ser retóricos. El concepto de retórica es entendido al modo aristotélico como «una capacidad, una habilidad, un modo de organizar y otorgar sentido a las exigencias prácticas del mundo» (p. 17).

A lo largo del libro se estudian los tres elementos de la actividad retórica: el orador, la audiencia y el modo de comu-

nicación. El Capítulo final se ocupa de la relación entre estos tres elementos.

Es indudable que la teología, tanto por su método como por la realidad de la que se ocupa, no puede situarse del lado de las ciencias experimentales, sino de las ciencias humanas. Su modo de argumentar no es, por ello, necesario, sino, en expresión aristotélica «tópico» o, si se quiere, «retórico». Ahora bien, a mi parecer Cunningham cae en la trampa que tanto el racionalismo como el empirismo pusieron a la retórica al rechazarla como conocimiento inferior. En efecto, estas filosofías reclamaron con exclusividad para las ciencias experimentales y las ciencias puramente lógicas la certeza, de modo que las ciencias humanas carecerían de certeza.

Pues bien, sorprendentemente leemos en el libro de Cunningham que las conclusiones teológicas son inciertas. Pero Aristóteles mismo decía no debemos buscar el mismo grado de certeza en todas las cosas. Que la certeza alcanzada en las conclusiones teológicas no sea la misma que produce una conclusión del conocimiento experimental no significa que sea menos certeza o que no lo sea. Hay una certeza propia del conocimiento del ámbito de lo humano y también de lo divino, que siendo distinta de la certeza del conocimiento experimental, es auténtica certeza.

Ahora bien, quizás la incerteza de que habla Cunningham no proceda del método usado sino de la realidad que la teología tiene como objeto. En efecto, en repetidas ocasiones el autor sostiene que sólo en el más allá encontraremos la verdad sobre Dios y que en esta vida es inalcanzable. Es verdad que «caminamos en la fe y no en la visión» (2 Cor 5, 7); pero esto no significa que no puede alcanzarse en este mundo la verdad sobre Dios, especialmente porque en la teología el punto de partida es la libre automanifestación que Dios hace de su

intimidad. Que la manifestación no sea completa no quiere decir que sea falsa.

En el mismo sentido se puede afirmar que, a pesar de todas sus limitaciones, la analogía hace siempre posible la verdad sustancial de los enunciados del lenguaje humano sobre Dios.

A pesar de estas observaciones, hay que reconocer el valor de la obra que comentamos, especialmente si tenemos en cuenta que pone de relieve —y, además, con un lenguaje muy directo y claro— un aspecto ciertamente olvidado en la literatura teológica desde la época moderna: la importancia de la retórica, es decir, de la atención al auditorio, al modo de discurso usado, etc. A este propósito, sería interesante —como aconseja el autor— releer a teólogos como Newman (los sermones universitarios, por ejemplo) y fijarse en la fuerza de sus escritos, intentando aprender de su modo de argumentar.

F. Conesa

H. COHEN, *La religion dans les limites de la philosophie*, Les Éditions du Cerf, Paris 1990, 172 pp.

Esta obra es la traducción al francés del original alemán *Der Begriff der Religion im System der Philosophie* (el concepto de religión en el sistema de la filosofía), escrito por Hermann Cohen en 1915. Como es sabido, Cohen (1842-1918) fue el principal representante —junto a Paul Natorp— de la escuela neokantiana de Marburgo. La obra es el fruto de los cursos que dedicó en Berlín al concepto de religión; por cierto, a estos cursos asistió otro importante pensador, judío como el mismo Cohen, Franz Rosenzweig.

El objeto de este ensayo es realizar una caracterización de la religión. Con este fin, comienza estudiando el concepto de religión en relación con la histo-